

# Austeridad y cultura, de Enrique Macaya Lahmann

José Marín Cañas

Acaba de aparecer en las librerías un nuevo y bellamente trabajado por los talleres de Trejos Hnos, el libro cuyo título y autor los dejamos consignados en el título. En el fondo, su aparición tiene una sorprendente magnitud, pues realmente Enrique Macaya Lahmann es poco pródigo en dar al público trabajos libresco que nos den un panorama completo de su pensamiento, tan universal, prolijo y profundo, que

siempre ha de constituir una agradable sorpresa para los lectores que gustan de libros cuya calidad sea de altísimo nivel. He aquí el caso que nos ocupa. Todos los lectores, o se puede decir, todos los costarricenses de un nivel medio y superior, conocen la enorme, ágil y fina cultura que por espacio de muchos años de juventud, logró acumular nuestro estimado maestro, tanto en Europa como en los Estados Unidos de Norteamérica. Doctorado en Derecho de "La Sorbona", y doctorado en

Ciencias de "Cornell", la famosa Universidad estadounidense, agregó cursillos musicales que le agrandaron su saber en una forma sumamente variada y tan amplia, que es tenido como la más vasta y variada cultura del país.

El contacto con Enrique Macaya constituye, el asomarse a una inagotable fuente de proposiciones, de coyunturas, de sucesos históricos, de recuerdos vitales europeos, así como el conocer de viva voz no solamente París, la ciudad centro de sus investigaciones vitales, sino España y los Estados Unidos cuyas esencias, tanto en lo humano, como en lo arqueológico, como en la historia de su arquitectura con la explicación del por qué de lo presente, recogió de un pasado de esplendor cultural, nos da la impresión de una cosmovisión digerida en sus más pequeños detalles, desde el objeto, como la subjetividad de la historia de ese objeto.

El dominio de tres lenguas le ha servido para poder realizar este trabajo de penetrante vivisección no solamente en lo estructural de su pasado, sino en el alma de sus grandes hombres representativos. El caso de Rubén Darío es un hecho palmario. Pocas personas han conocido al poeta con la profundidad y amor que revela Macaya cuando desde la cátedra ocupa las mil facetas del genio del mulato de Metapa. París es otro de sus grandes amores, y por ello, también de su desarrollo, el por qué de sus secretos develados al mundo, pero descubiertos solamente por el ojo zahorí que penetra el misterio de un pasado casi reciente y vivo, pero mudo y sometido a la penetración subjetiva del historiador que al mismo tiempo, es poeta.

Decimos, aunque sin autoridad, pero con la conciencia plena de fervor y apasionamiento, que este libro de Macaya, visto por un neófito en pulsar tan elevadas arpas, es uno de los trabajos más finos auténticos y actuales, que pueden ser escritos en un medio como el nuestro, tan alejado de esas intimidades de las cosas ese descubrir de las almas de lo que no tiene alma, pero sí pasado, recuerdo, valor histórico y permanencia en la filosofía vital de las sociedades más subyugantes por su profundo sentido humano cuya proyección constituye el misterioso matiz de una verdadera y humana cultura en su máxima envergadura.

La presencia de Macaya en las letras nacionales con este libro, constituye un suceso que está ya en proceso de extinción, pues el mundo ha perdido ese antiguo y desfalleciente amor por las cosas bellamente inútiles que conducen a la búsqueda de la esencia vital. Ya don Quijote se ha descaalgado de su rocín y sólo Sancho soliloquia a voces en los campos yermos de una política bárbara en África y majestuosamente podrida en los recién independientes países de la cultura universal. Y hasta en los antes floridos jardines de los renacimientos europeos, se oye el crujir de una batalla sin fin.

El libro contempla y desarrolla una serie de temas, a cual de ellos más interesantes, pero desde luego hemos de hacer resaltar, para no servir de guía a los lectores, aquéllos que fueron nuestro mayor deleite.

"Cultura y Austeridad". "Abelardo Bonilla escritor". "La Celestina". "Rubén Darío en Mallorca-Darío y el 98". "Charles Peguy y su época". "El horizonte de París". "Faure y la reforma Universitaria" (éste por su valor trascendente a nuestro país ante igual o peores crisis) y el retumbo final: "La crisis de Mayo en Francia".

Para quien escribe, este tema es el momento culminante de la obra. No solamente por mi cercanía en aquellos momentos al sitio de la tragedia —pues estaba en Zaragoza detenido por la inseguridad que prestaba la entrada a Francia— sino por el estallido ruidoso de una revolución del 68 en las meras calles de París por los estudiantes (¡comunistas, claro está!) entre los cuales se agitaban banderas de lucha tan importantes y abracadabrantes como la de Cohn-Bendit: "No queremos que se nos imponga un destino, queremos escogerlo nosotros mismos. Si se nos ofreciera el paraíso, no lo aceptaríamos porque deseamos conquistarlo". "La revuelta no dice otro. La revolución sí". "La victoria está en la calle".

"Las gentes que trabajan se aburren cuando no trabajan. Las gentes que no trabajan no se aburren nunca" (Sofisma tan grande como el Universo) En todo el aliento de esta revolución, digo yo, no Macaya, anduvo rondando la esplendidez de José Antonio, pero no alcanzaron los franceses aquella cúspide inmortal de su frase: "¡Queremos una patria de Arcángeles con espadas!-(Cito de memoria) Ninguno de los revolucionarios del París de Mayo llegó al huracán heroico del español "ausente", que fue inmolado en Alicante. Diez escasos minutos, quizás 7, usó De Gaulle, el General que era Francia en sí, para decir por la Televisión sus breves y definitivas palabras sobre el cierre de la Asamblea y la convocatoria a nuevas elecciones, para que con grandeza (aquella grandeza que temían los franceses "los fatigaría") se viniera al suelo el sueño de la "imaginación al poder" como se resumía en España la problemática de París.

Habló De Gaulle, los sindicatos obreros no compactaron el movimiento y soslayaron a los estudiantes, y Francia, por virtud del "General", (aquel "General" más largo que un tren), se adueñara de Francia como el corso en el Brumario.

Esta revolución está escrita por Macaya, pensada finamente en francés, con la elegancia y ductibilidad y delicadeza del francés; pero escrita en español, conservando la exquisita forma de la parla como se conserva el mosto de las campañas francesas. (Dese por no escrito lo que el comentarista agrega de su puño e invención, pero en el libro, está todo lo esencial "como el vino en el cáliz").